

## DE Y POR MANUEL MACHADO

*La felicidad no es, evidentemente, sólo un cuerpo,  
ni el destello casi apagado de unos ojos sobre la cama.  
Si fuera así, no habría sido necesario encontrar en Alberto Magno  
cierta referencia a los bueyes atribuida a Heráclito.  
Todo esto se me ocurre porque acabo de recibir un precioso ramo de  
serpientes  
y tengo un libro de Manuel Machado abierto sobre la mesa.  
El libro es una princeps de Alma, como era de esperar,  
y está abierto por un poema llamado «Oriente».  
En el poema se nos habla de Marco Antonio y de Cleopatra, y de un  
siervo que muere al beber una copa.  
Ello me ha conducido, sin poderlo evitar, a Plutarco, escritor griego de  
cierta fama durante el período de entreguerras,  
y debo reconocer que he releído su Antonio con el mismo entusiasmo  
de aquellos días.  
(Luego descubriría que había olvidado por enésima vez  
que Shakespeare lo conoció en la versión inglesa de North,  
y que sir Thomas North conocía el griego aproximadamente igual que  
Unamuno.)*

*Mientras me asaltan todos estos fantasmas eruditos, los automóviles  
siguen murmurando a mi alrededor.  
El hecho de que la gran ciudad se vaya poniendo inhabitable es algo  
que no me disgusta,  
como no me disgustan las chicas figuradas en las pinball machines,  
ni las películas de Hawks con Cary Grant o Wayne, ni los guiones de  
Hammett para el pincel heroico de Raymond.  
El poeta —recuerdo un topos de Petrarca— va caminando casi siempre  
por campos muy desiertos,  
y no negaré que estoy pensando en ciertos desiertos americanos*

*(me los recuerdan esos crótalos que acabo de alojar en un jarrón para que nadie, nadie, ni siquiera mi perro, los vaya a confundir con el bouquet de rosas que alguien dejó olvidado sobre el lecho, en el dormitorio).*

*A veces —vuelvo a Shakespeare— una nube se parece a un dragón, el viento a un oso o a una ciudadela relativamente expugnable. Son imágenes, imágenes que se ciernen sobre nuestras cabezas, posibles máscaras del invierno o velos del atardecer. Lo que hoy es un caballo —sigue Shakespeare— puede ser luego un pensamiento o un anillo de compromiso: hasta los compromisos son, en el fondo, agua en el agua.*

*Si del poema «Oriente», una perfecta gema modernista, he pasado a Plutarco por lo de la perdida adolescencia y he llegado a fijar mis reales por una tarde en cinco actos de una tragedia que no había sabido leer, no ha sido —lo prometo— para empañar el brillo de la joya primera, ni para convertirla en simple piedra, estampa o rata de laboratorio; permanece en mí todo su impacto argumental, la difícil tersura de sus palabras. Y detrás del respeto que me ofrece lo inútil —amistad, gesto, gema— puedo ver hoy al hombre que ha partido su mentira conmigo, puedo ver a Manuel Machado, sonriente en su princeps sobre la mesa, a Manuel el prodigioso, a Manuel el funámbulo, a quien debo querer hasta el final, porque así lo quisieron mis abuelos, y yo los obedezco en todo, y, al cabo, sólo Marco Antonio será capaz de derrotar a Marco Antonio, y todo esto no deja —no puede dejar— de ser bello en este momento en el que sigo propagando por los desiertos del mundo, tal vez americanos, las ondas de unos pasos tan tardos y tan lentos al menos como los de Petrarca, por este camino clausurado por donde voy, aunque los áspides me conhorten, solo y recluso en esa bilis negra que vierte al castellano el cultismo 'melancolía'.*

LUIS ALBERTO DE CUENCA